



Carlos Valenzuela Solís de Ovando

Franciscanos versus franciscanos

Durante el período colonial, las elecciones de autoridades en los conventos religiosos se transformaban en grandes acontecimientos, ya que no sólo era de interés entre los miembros de la colectividad, sino además de la inmensa parentela que tenían afuera.

Ocurrió que en diciembre del año 1699, se celebró entre los franciscanos una elección de provincial, en la que resultó elegido el padre Agustín Briceño, hombre de reconocidos méritos y todos le dieron la obediencia sin mayores protestas. Pero el candidato perdedor, fray Tomás Moreno, no aceptó su derrota y envió a España a un religioso para que fuera a dar cuenta a las autoridades de la Orden y al Rey de las irregularidades que estaban sucediendo.

Quizá qué dijo el enviado, o Moreno tenía alta influencia en esas esferas, pero volvió con Letras Patentes y Cédulas Reales, que anulaban las elecciones realizadas, ordenaban efectuar unas nuevas, y nombraban a fray Moreno como Visitador Extraordinario, Juez en Comisión Especial y Presidente del capítulo que se iba a realizar.

En cuanto fray Moreno tuvo en sus manos estos pliegos, y aprovechando que el provincial elegido Briceño andaba visitando los conventos del sur, se fue directo donde el padre Guardián del Convento de la Cañada, fray Sebastián del Casso, que en esos momentos tenía la máxima autoridad en Santiago, y luego de notificarle de las disposiciones del Rey, le exigió

que le reconociera como máxima autoridad franciscana en Chile.

El padre Guardián fue a visitar al gobernador del Reino don Tomás Marín de Poveda, y a los miembros de la Real Audiencia, quienes le aconsejaron que mientras no se aclarase el asunto, entregara el cargo. El padre Casso aceptó ser destituido, pero pidió a las autoridades que tanto a él como a su secretario fray Pedro de Mesa, fueran ubicados en un lugar donde no recibieran molestias del padre Moreno.

Al padre Briceño llegaron noticias de lo que estaba ocurriendo en Santiago, por lo que agarró su mula y partió hacia la capital, no sin antes avisar a todos los guardianes y superiores de los otros conventos de que se viniesen a Santiago, porque correspondía realizar un nuevo Capítulo.

Cuando estuvieron reunidos en el refectorio, Moreno ordenó que los frailes salieran al patio, en señal de que le reconocían como su autoridad. Todos lo hicieron, menos Briceño que se consideraba el provincial en ese momento. Al ver que los demás miembros de la orden habían obedecido a Moreno, no le quedó otra que dirigir un largo y extenso memorial a la Real Audiencia.

Esta corporación estudió el caso con mucha atención, toda vez que circulaban rumores que estaban llegando franciscanos de todo el país, y de que muchos que le habían dado obediencia a Moreno, ahora se la estaban negando. La Audiencia comprendía que se estaba incubando un encuentro que podría provocar muchos escándalos y alborotos. También se supo que Moreno, a su vez, había «hecho venir más de diez frailes del Convento de San Francisco del Monte, religiosos, mozos y coristas, los que hacía dormir en su celda para guarda de su reverencia».

No debe extrañarse de que estas cosas ocurrieran en esos años del Chile indiano. Los religiosos de esos tiempos eran todos españoles y, como tales, de carácter recio y tozudos. Muchos habían estado en Arauco, por lo que las más de las veces estaban dispuestos a arreglar un asunto a palos, antes de ceder posiciones.

Finalmente, se tomó la decisión de efectuar una reunión con el obispo de Santiago, don Juan de la Puebla y González, que tenía enorme ascendiente sobre los religiosos, a la que deberían asistir el gobernador, los oidores y los dos frailes contendientes. Briceño y Moreno defendieron firmemente sus posiciones, y no se llegó a otro acuerdo que mientras se consultaba al Comisario General de la Orden en el Perú, el padre Mora, los partidarios de Briceño se recluirían en la Recoleta Franciscana y los de Moreno en el convento de la Cañada.

Después de este acuerdo, fray Briceño partió a Lima para alegar sus derechos ante el Comisario General; por su parte, Moreno envió a fray Buenaventura de Zárate, para que lo representara.

Mientras esto sucedía, los dos grupos iniciaron una serie de actividades dirigidas a ganarse la voluntad de la población, y en más de alguna ocasión se encontraron, echándose bulliciosas interjecciones y produciéndose ásperas discusiones que hicieron intervenir a los alguaciles para evitar que llegaran a las manos. Fue tanto lo que esta situación afectó a los vecinos, atentos con guarda y respeto a lo que ocurría, que muchos decidieron alejarse de la capital para no verse envueltos en el conflicto, a tal extremo, que el gobernador Marín de Poveda tuvo que

publicar un bando en que se prohibía ausentarse de la ciudad so pena de 500 pesos.

Ya se había producido un rebato y reencuentro entre los de la Recoleta que fueron a buscarle camorra a los de la Alameda, demostrando una vez más que los bravos franciscanos sabían manejar tan bien los puños como el misal. Pero frailes, moradores y guardias que intervinieron, salieron llenos de chichones y moretones, mientras los ojos de los mulatos atisbaban desde los tejados vecinos.

En otra ocasión, los de la Alameda fueron a atacar a los de la Recoleta, acompañados por la fuerza pública que iba armada con lanzas y bayonetas. Mas los porfiados briceñistas les hicieron frente con palos y puños con tanta energía, en una batahola de gritos y carreras, que les impidieron entrar al convento situado en los andurriales.

Desesperados por tamaña tozudez, los morenistas sitiaron la Recoleta para reducirlos por hambre. Una manada de corderos destinada a los sitiados fue cogida por los atacantes y llevada a la Casa Grande con gran alegría.

Entretanto, como el proceso se alargaba demasiado y el hambre comenzó a apretar, los briceñistas, no embargante tanto despliegue, decidieron romper el cerco pese al mayor número de enemigos que les esperaba en el exterior.

Esta vez participaron los vecinos de ambos bandos y la toletole fue sensacional. Palos, puñetes y piedrazos les mantuvieron entretenidos durante largo rato, hasta que la superioridad numérica de los asaltantes decidió la victoria, obligando a los briceñistas a replegarse al convento. Las escaramuzas duraron varios meses, y no faltaba noche en que algunos «mochos», tras comerse una enjundiosa cazuela para afirmar mejor los puños, fueran a buscarle camorra a los legos del otro convento.

Después de tres meses, el comisario de Lima decidió enviar a Chile al padre Pedro Guerrero con el carácter de Comisario Provincial, y con la suficiente autoridad para imponerse personalmente de los hechos y para tomar la autoridad absoluta en Chile.

Al presentar sus credenciales al padre Moreno, éste las rechazó porque lo desposeían del mando, alegando que sus documentos estaban por encima de los del padre Guerrero, pues provenían del Rey y del Superior de toda la orden franciscana. A su vez, los franciscanos de la Recoleta no cabían en sí de contentos.

El padre Guerrero, desobedecido por esta parte de la orden que se declaraba en rebeldía, sentía perder los estribos de la paciencia dando manotazos a trasmano y recorriendo los corredores del convento a grandes trancos, hasta que decidió acudir a la Real Audiencia para que ésta proporcionara los medios para entrar en posesión de su cargo. El tribunal se impuso de los documentos y ordenó al alguacil mayor y a un escribano, para que fueran a notificar al padre Moreno. Éste oyó la notificación a través de la puerta de su celda cerrada, y manifestó que en esos momentos no podía alegar, pues se encontraba enfermo.

Ahora fue la Audiencia la que se indignó. Los señores oidores redactaron, con toda solemnidad, el siguiente documento: «mandamos que ninguna persona de este reino, de cualquier condición que sea, acuda con socorro, limosna ni emolumento alguno temporal a los religiosos del Convento Grande de San Francisco; que los deudores de censo o de cualquier otra obligación no

sean osados de pagar, ni misas ni funerales, sino al Comisario Padre Guerrero; que los molineros, panaderos y panaderas no muelan trigo ni den pan a los dichos frailes, ni carnes ni bastimento alguno, so pena de doscientos pesos si fueren personas de calidad y principales, y de doscientos azotes si fueren de baja esfera».

Además, con el fin de poder sitiarse por hambre al convento, encargaron al oidor don Diego de Zúñiga y Tobar, para que con el auxilio de la fuerza pública, impidiera la entrada de comidas al convento. Pero los morenistas se rieron largamente, pues tenían bien provistas sus bodegas con el acopio diario de las chacarillas del convento.

Indignada, la Real Audiencia dio orden de extrañamiento, o sea debería salir del país rumbo a Lima, el padre Moreno y otros de sus seguidores, los padres José y Vicente de Quero y Hernando de Alvarado.

El oidor Zúñiga fue con un escribano a notificar al padre Moreno, el que se negó a escucharles. Así y todo, el escribano leyó el documento y el oidor le advirtió que si no salía por su propia voluntad, lo sacaría con la fuerza pública. Al salir el oidor, los frailes que estaban encaramados en la torre comenzaron a lanzar piedras. Pero parece que estos proyectiles iban dirigidos contra los franciscanos de la Recoleta, que estaban a punto de entrar en el Convento Grande. Se les ordenó retirarse, pero cuando el oidor ordenó a los guardias que fueran a echar abajo una tapia de la huerta del convento, fueron pocos los pobladores que ayudaron, por lo que el señor oidor pidió el concurso de los de la Recoleta que aparecieron como soplados por las mil chispas del brasero.

Sin embargo, era tanta la nube de piedras que hubieron de suspender el trabajo. Mas el señor oidor no podía aceptar ser detenido a pedradas, por lo que mandó traer barretas y otras herramientas, hasta que abrieron un forado en la muralla. Pero a medida que iban entrando, arreciaron las piedras, pedazos de tejas y palos. Además, a medida que iban entrando por el hoyo de la pared, los frailes les iban aturdiendo con sendos palos en la cabeza, hasta que el tropel de asaltantes les superó en número y se armó un campo de Agramante en que sables, bayonetas, picas, lanzas y palos formaban tal enjambre, que nadie sabía a quien le pegaba.

Los franciscanos, que trabajaban personalmente el campo que rodeaba el convento de la Alameda, estaban en excelentes condiciones físicas y comenzaron a expulsar a los invasores. En esos momentos una turba de beatas armadas con lo que pillaron a mano, atacaron a los soldados con una lluvia de golpes enardecidos. Los pobres se defendieron con las culatas y lograron rechazarlas, mientras los de afuera consiguieron perforar la tapia de la huerta para ampliar el boquete.

El oidor Zúñiga, con voz de calvatuerno, reunió sus tropas y lanzó un organizado ataque contra los sitiados que les esperaron en fila compacta. El choque fue arrollador, y pese a que algunos legos esgrimían ya candelabros y reclinatorios, hubieron de replegarse hasta la puerta que comunicaba la huerta con el convento, que los frailes habían tapiado con adobes, en tanto otros se colgaron de las campanas llamando a todos sus feligreses a defenderlos. Nuevamente hubo que emplear las herramientas para demoler el obstáculo, hasta que penetró al convento un tropel de gente armada y los religiosos recoletos en una hilera de oscuros entrecejos.

Algo más tarde, una vez detenidos los responsables de este alboroto, ingresó el padre Guerrero y tomó posesión solemnemente de su cargo, con lo que se logró la tranquilidad habitual. Al día siguiente, zarparon a Lima el padre Moreno y sus seguidores más recalcitrantes, en el galeón San Fermín, para ser puestos a disposición del Comisario General Franciscano del Perú, cumpliéndose aquello de «váyase el muerto a su sepultura y el vivo a la hogaza».

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

